

A blurred, rainy street scene. In the foreground, a person is walking away from the camera, holding a dark umbrella. The street is wet and reflects the light. Several cars are parked along the right side of the street. Buildings with arched windows line the street. The overall atmosphere is overcast and rainy.

ZONA

LIBRE

La lluvia sabe por qué

María Fernanda Heredia

**La lluvia
sabe por qué**
María Fernanda Heredia



La lluvia sabe por qué

María Fernanda Heredia

 Norma

The logo for Norma features a stylized, curved symbol to the left of the word "Norma" in a serif font.

mx.edicionesnorma.com

La lluvia sabe por qué

D. R. © 2013, María Fernanda Heredia del texto

D. R. © 2017, EDUCACTIVA S.A.C.

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2019

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,

Benito Juárez, Ciudad de México,

C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición Perú: noviembre 2018

Segunda reimpresión: agosto 2020

Coordinación editorial: Jéssica Rodríguez

Edición: Teresa Marcos

Corrección: Patricia Motto Rouco

Diagramación: Magali Borda

Diagramación y arte de cubierta: Daniela Coduto

Imagen de cubierta: www.morguefile.com

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61089177

ISBN: 978-607-13-0905-1

A Javier.

A mi abuela Isabel.

—**NO** me gustan los pájaros, mamá.

—¡Son lindos! Mira las palomitas, Antonio.

—No me gustan porque se comen las migas de pan.

—Claro, ¡tienen que alimentarse!

Antonio vio las palomas picoteando en la plaza y enfadado añadió:

—Pero si se comen las migas de pan, alguien no va a encontrar el camino de regreso a su casa.

Alba sonrió y lo entendió todo. Abrazó a su hijo pequeño y le dijo:

—No te preocupes. A ti no te ocurrirá lo que a los niños del cuento. Yo te enseñaré cómo hacer para que puedas volver siempre a casa. Te prometo que no te vas a perder.

—No es por eso, mamá.

—¿Ah, no? ¿Entonces?

—Yo tengo miedo de que un día tú no sepas cómo regresar.

I

Nadie cae con estilo cuando recibe un empujón.

Años atrás, cuando Antonio tenía apenas 12, en su primer día de clases en el colegio al que acababa de cambiarse, recibió el empujón de un compañero y cayó a la piscina. Era la *broma* obligatoria de bienvenida para los nuevos. Cuando sacó la cabeza del agua vio a un montón de desconocidos riéndose de él. Los segundos iniciales fueron patéticos: los manotazos de ahogado, el agua en la nariz, el pelo en la cara y ese gesto de alhelado que no entiende lo que está ocurriendo. Fue el profesor, también entre carcajadas, quien le extendió una mano para que saliera.

Cuando llegó a casa, su madre le recibió sonriente y con la pregunta habitual:

—¿Me cuentas tu día con tres palabras?

Y, sin pensar, Antonio respondió:

—¡Odio el colegio!

Al rato le confesó lo sucedido. Tenía los zapatos arruinados y la ropa húmeda. Las lágrimas de rabia le resbalaban por las mejillas mientras relataba cómo se habían burlado de él.

Alba, en lugar de consolar a su hijo por el mal rato, se agachó y le ordenó:

—Quiero que mañana mismo te inscribas en las clases extracurriculares de natación.

—¡No quiero!

—Lo harás, Antonio. La próxima vez que caigas al agua que solo se te arruinen los zapatos... no el orgullo. Y que las únicas manos que te saquen de ahí sean las tuyas, ¿de acuerdo?

Un mes después de aquel suceso Alba partió para España sin boleto de regreso, y Antonio volvió a sentir que se quedaba sin aire.

Desde pequeño se había acostumbrado a hacer maletas. Vivió hasta los 4 años en casa de los abuelos, luego se mudó al departamento que su madre y dos amigas compartían en el centro de la ciudad. Y el siguiente destino fue el departamento de dos dormitorios que su madre logró comprar con sudor e hipoteca en la calle Lisboa. Fue entonces cuando vino el desastre y la maleta final para ambos. La empresa en la que ella trabajaba amaneció un día cerrada sin ninguna expli-

cación; el dueño había sacado del banco todo lo que quedaba y su última inversión de peso fue un candado metálico con el que cerró las puertas.

Antonio tenía 12 años cuando hicieron las maletas juntos por última vez. Solo que en esa oportunidad los rumbos serían distintos. Alba, su madre, no encontró más opciones y decidió irse del país, probar suerte lejos, reventarse el alma en un lugar donde la vergüenza del fracaso tuviera testigos anónimos. Él se quedaría en casa de Beatriz, la única tía, y su madre volaría a Madrid. El plazo para el reencuentro lo marcaba el dinero: cuando hubiera suficiente se reunirían de nuevo.

—Ya eres un hombrecito —le dijo su madre el día de la despedida, con esa palabra que sonaba a trampa, a no se te ocurra llorar, a no hagamos una escena porque entonces nos quebraremos los dos—. Eres fuerte y sé que entiendes que debo irme porque esto será lo mejor para ambos.

Antonio tenía los ojos enlagunados, pero había prometido que no lloraría.

—Prométeme que regresarás, ma.

—Te lo prometo.

Alba era una fiel militante de la alegría. Aunque a sus 29 años le habían caído encima varios aguaceros, ella siempre decía que la sonrisa era un buen salvavidas, que la ilusión era un motor más fuerte que el de un cohete espacial. No importaba cuán complicadas se

pusieran las cosas; ella se sacudía, volteaba a ver a su hijo, sonreía y le decía: “No es tan grave, vas a ver que salimos de esta”.

Pero aquel día, cuando se despedían, él se dio cuenta de que por primera vez su madre estaba fingiendo la sonrisa, los labios y la barbilla le temblaban, y la mirada era como una nube gris a punto de desplomarse.

—Anda, regálame un beso y una sonrisa —le dijo Alba.

Y Antonio tuvo que fingir también. Se mordió el labio inferior. Se dejó abrazar, se dejó besar, y luego vio al taxi partir.

No lloró. Ahí no. Era un hombrecito.

Esa misma tarde, con un nudo en la garganta, se lanzó al agua en la clase de natación, y durante diez minutos nadó con todas sus fuerzas, con todo su dolor. Cuando salió de la piscina un compañero le dijo: “Tienes los ojos rojos”. Y Antonio mintió: “Es por el cloro”. El agua dejó de ser la razón de sus miedos y se convirtió en su desafío permanente para reaccionar cuando perdía el piso.

A veces se exigía a sí mismo cruzar la piscina sin sacar la cabeza para tomar aire, llevaba sus pulmones al límite solo para demostrarse cuánto era capaz de resistir. Otras veces lloraba en el agua, como cuando se llora debajo de la ducha, y sus lágrimas escapaban sin que nadie pudiera descubrir su fragilidad.

II

Veinte minutos antes de las cuatro Lucía se dispuso a salir.

Después de lo ocurrido, el único lugar al que podía ir sola era el taller. Esa posibilidad de caminar en soledad era un alivio, pero esto no salvó a Lucía del discurso pronunciado por su madre:

—Llámame cuando llegues. Regresa apenas termine la clase. Si a las cinco y media no estás aquí, saldré a buscarte. ¿Entendido?

Lucía guardó un libro, un cuaderno y los hilos de colores en el bolso, se despidió de su hermana Bárbara y salió de casa.

El taller no quedaba demasiado lejos, apenas quince minutos en el autobús de la línea 4 y una cuadra a pie. Se colocó los auriculares e introdujo el extremo del

cable en su bolsillo sin conectarlo a ningún dispositivo. Así parecería que estaba escuchando música y nadie la importunaría. Los auriculares tenían eso de bueno, se convertían en una barrera; si alguien quería abordarla en el autobús con comentarios sobre el clima o con esas preguntas trilladas de ligue antiguo: “Disculpa, ¿te conozco?” o “¿Tendrás la hora?”, ella podría seguir leyendo su libro y hacer como si no hubiera escuchado nada. Esos dos botones dentro de los oídos eran una buena manera de decir “no me interrumpas, no te escucho, aléjate”.

Llevaba dos semanas asistiendo al taller artesanal, casi el mismo tiempo desde que su vida había cambiado para siempre. Fue la única concesión que hicieron sus padres luego de lo ocurrido. Las salidas con amigas terminaron; las fiestas y reuniones quedaron prohibidas; su vida social, congelada. Pero Lucía no protestó. No le quedaban fuerzas ni ganas ni amigos.

Lejos de lo que opinara su familia, el taller no tenía nada que ver ni con vocación ni con obligación; el taller era su espacio para no pensar, su pretexto para salir de casa y respirar. El colegio exigía la práctica de un deporte o el aprendizaje de un oficio durante las tardes como complemento al plan de estudios, y esta parecía una buena opción. Sobre todo, considerando que Lucía no quería apuntarse a ninguna de las alternativas que su colegio ofrecía. El día en que se inscribió, la encargada

del taller, una señora gorda con pinta de chiflada llena de collares y pulseras sonoras, le preguntó qué curso elegiría. Los había de cerámica, de carpintería decorativa, de pintura de tela...

Lucía la miró con indiferencia y respondió:

—Me da igual.

La mujer le repitió con entusiasmo las opciones y quiso saber cuáles eran los gustos o intereses de la futura alumna, pero Lucía solo repitió en voz bajita:

—Me da igual.

La mujer la miró con extrañeza, abrió un cuaderno caótico repleto de papelitos y garabatos, tomó nota de su nombre, dirección y teléfono; y luego la apuntó, por supuesto, en la clase que ella misma dictaba y que, casualmente, era la que no tenía ni un solo alumno: taller de *Joyas hippies*.

—No creo que mis padres acepten que yo aprenda eso —dijo Lucía cuando la vio escribir su nombre en el cuaderno.

La mujer suspiró con picardía y respondió:

—No te preocupes, querida, eso está previsto. El diploma que te entregaremos al final del curso dice: “Diseño de *bijouterie* y joyería étnica”. ¿Verdad que suena importante?

Lucía sonrió y se sintió extraña. Le parecía que habían pasado siglos desde la última vez que había sonreído.

—Comenzaremos con el módulo de pulseras. ¿Te gustan los nudos? —le preguntó la instructora haciendo ruiditos de clin clan clin clan, mientras se movía.

—¿Perdón?

—¡Por Dios, niña! ¿Sabes lo que es un nudo?

Lucía la miró y casi sin pensarlo respondió:

—Claro... mi vida es un nudo.

III

Desde que Antonio llegó a vivir en casa de su tía cuatro años atrás, compartía habitación, armario y computador con Leo, su primo.

Pese a la diferencia de edad —Antonio, 16, y Leo, 13— ambos convivían sin problemas.

Respetar los respectivos espacios y los eventuales ataques de “¡no quiero hablar, no me molestes, evapórate!” era parte de ese acuerdo tácito de convivencia. Las burlas y la ironía formaban parte de su manera de expresar cariño y confianza.

—Leo, ¿ya te han hablado en tu colegio de...?

—¿De qué?

—¿De todas las cosas que te van a pasar en la pubertad?

—¿Qué pregunta de tía abuela es esa, Antonio?

—Te lo digo en serio, ya tienes 13 y...

—¡No voy a hablar contigo de esto! Hace rato que ya sé todo lo que tengo que saber.

—¿Ah, sí? Entonces te has dado cuenta de que algunas partes de tu cuerpo han comenzado a crecer.

—¡Claro!

—Yo de estatura te veo igual, pero estoy impresionado por el tamaño de tus orejas. Desde este ángulo se ven gigantescas. De cuerpo sigues siendo talla *small* pero de orejas eres *extra large*. ¿Será normal?

—Si opinas de mis orejas yo voy a opinar de tu cabeza, Antonio, y ahí pierdes por goleada. Te voy a mostrar aquí en Internet un pajarito que me recuerda a ti...

—¿Un pajarito que te recuerda a mí? Será un águila...

—No. Mira, se llama *cacatúa* y todo el reino animal se burla de él. Es como tú, ¡quiere medir diez centímetros más gracias al peinado!

—Ya, ya, no te piques, que yo solo he comentado del tamaño astronómico de tus orejas. Hoy no mencionaré nada sobre tu cabeza de mandarina...

—Ya, gusano, y tú eres igual a un dedo gordo del pie. Un día de estos llamo a un programa de televisión, de esos en los que les gusta sacar a gente rara, y les diré que en mi casa vive *el Hombre-dedo gordo*. ¡Te vas a forrar de dinero, por feo!

—¡Dale, Leo! ¡Llama a ese programa! Cuando tenga la cámara adelante les pediré que enfoquen a mi querido primo, más conocido como *Sonrisa de tenedor*.

—¡Vas a ver, Antonio! En un año terminaré la ortodoncia y con mi sonrisa de revista te levantaré todas las novias. ¡No, perdón, corrijo! ¿Qué novias? ¡Si a ti no te miran ni las arañas, que tienen ocho ojos!

—A ti tampoco te mira nadie, renacuajo, porque con los destellos de tus dientes podrías dejarnos ciegos a todos.

Y así, si el aburrimiento lo permitía, ambos podían continuar durante horas burlándose uno del otro.

Aquella tarde, sentados ante la mesa del comedor y enfrascados en las tareas del colegio, escuchaban las gotas de lluvia que chocaban contra la ventana.

Leo mordió el lápiz, se quedó mirando a algún lugar impreciso y dijo:

—¿Oye, caca-túa, te has enamorado alguna vez? Antonio dejó de lado el cuaderno de Química y, sorprendido por la pregunta de su primo, dijo:

—¡Ya era hora!

—Ya era hora de qué, solo hice una pregunta.

—¡Ya era hora de que se te despertaran las hormonas! Tienes 13, Leo, y ya iba siendo tiempo de que te dieras cuenta de que en el mundo existe algo más que los videojuegos sangrientos y las galletas Oreo.

—¡Ya sabía! ¡Contigo no se puede hablar, Antonio! Te hago una pregunta simple y te lanzas a pensar tonterías. Déjalo ahí, déjalo ahí...

—No, Leo. “¿Te has enamorado alguna vez?” no es una pregunta simple.

—¿Qué?

—Quiero decir que cualquiera sabe que esa pregunta hay que leerla entre líneas.

—Ya, no te hagas el filósofo y explícame.

Antonio siguió con su explicación:

—Mira, renacuajo, quien pregunta: “¿Te has enamorado alguna vez?” lo que en realidad quiere decir es: “Estoy enamorado hasta las patas y quiero saber si soy el único tonto que anda flotando por la estratósfera”.

—¡No es cierto!

—¡Sí lo es! Anda, cuéntame quién es.

—¡Que no, Antonio! ¡Que yo no estoy enamorado de nadie!

—¿Compañera de salón? ¿Hermana de un amigo? ¿La vecina? ¿Amor imposible con artista de teleserie de Disney Channel? A tu edad no hay muchas más alternativas que esas; anda, dilo ya.

Leo se levantó rojo como un tomate, puso sus manos regordetas en la cintura, luego señaló a su primo con el dedo índice, y mirándolo con los ojos entrecerrados, le dijo:

—¡Eres un canalla!

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Antonio riendo, luego agarró un cojín del sofá de la sala y se lo lanzó a su primo mientras le decía—: ¡Confiesa, galán, confiesa quién es!

Leo devolvió el cojinazo, pero Antonio lo esquivó, y ese misil de un kilo de algodón fue a dar en la repisa donde, entre un millón de cosas sin sentido, destacaba una placa de cristal con alguna inscripción.

La placa se deslizó y en cámara lenta la vieron caer y estrellarse contra el piso.

Cualquier cosa que llevara escrita en la superficie había desaparecido para siempre.

Antonio y Leo se quedaron de piedra. Ojos y boca, desbordados. El tiempo, congelado.

Entonces apareció en la sala Norberto. Un rápido vistazo fue suficiente para intuir lo que había ocurrido; miró a ambos con furia y sin pensarlo dos veces caminó en dirección a Antonio.

—Papá, espera... —dijo Leo nervioso, pero la mirada fulminante de Norberto le selló los labios.

Sin disimular la furia, el hombre se acercó a Antonio y le lanzó una bofetada tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y tuvo que sujetarse de la mesa del comedor para no caer.

—¡¿Te das cuenta de lo que has hecho, imbécil?! —preguntó sin que le interesara la respuesta.

—Perdona, yo...

Leo, angustiado, quiso intervenir para explicar a su padre que había sido él, y no su primo, quien había lanzado el cojín, pero nuevamente su padre lo mandó a callar y se dirigió a Antonio:

—¡Sigue haciendo méritos y conseguirás que te eche de esta casa a patadas! ¿Me has entendido?

Avanzó unos pasos sin despegar su vista del muchacho hasta tenerlo a la distancia del aliento y, levantando el labio superior, con gesto de desprecio, le dijo:

—Arrimado...